

LUIS MARIA LOPEZ ALLUE

UN MAGNIFICO ESCRITOR COSTUMBRISTA

I

SON los primeros años de la postrera década isabelina, cuando el efímero chispazo de gloria de la guerra de Africa reincorpora España a la esfera internacional sobre cuya palestra bélica se explayan las águilas francesas del tercer Napoleón. Después vendrá el fracaso de la «Aventura de Méjico», aquel ensueño de imperio americano de la Emperatriz Eugenia, en el que intervinieron también nuestros soldados mandados por Prim. Luego Alcolea y la caída de Isabel II. Pero entretanto, como sucede siempre, la sociedad burguesa canta arias de ópera italiana, asiste al Circo de Paul y frecuenta los saraos con alegre inconsciencia. Pues aunque, en Madrid, presencié asustada, en 1854, los incendios y saqueos de los palacios de la Reina Cristina, de San Luis y de Salamanca, acaso no quiere prevenirlos para que diademas, collares y camafeos se oscurezcan al humo de la pólvora; y tal vez lleguen a los faldones de los viejos fraques, de Utrilla, salpicaduras de cieno y de sangre.

El romanticismo lanza sus últimos, melancólicos, cantos de cisne en las líricas cuerdas de Zorrilla, Bécquer, Arolas y Campoamor. Mientras que entre las páginas de *El Semanario Pintoresco* quedan inspirados recuerdos gráficos de Esquivel, Alenza, Madrazo, Gutiérrez de la Vega, Carderera y Tejeo.

Huesca, la vieja ciudad de los almogávares, duerme su sueño secular, revivido por el ingenio del joven Cánovas del Castillo que ha publicado su famosa novela histórica *La Campana de Huesca*. Y el escritor romántico Eugenio Ochoa, jefe político a la sazón de la provincia, tiene el bello y piadoso gesto de trasladar los restos de reyes y prelados, desde el viejo Monasterio de Montearagón, asolado por el incendio —pseudo-desamortizador—, hasta los románicos y ruinosos claustros de San Pedro el Viejo. Epoca ésta en que como aquella otra de «Fígaro» se rezaba diariamente el Rosario, se leía el *Flos Sanctorum*, se oía Misa todos los días, se trabajaba los de labor, nuestros «lechuguinos» y

damiselas, con los señores graves y mamás respetables, reuníanse en el viejo salón familiar de los Barones de Plan de Alcalá, Marqueses de Viñuales. Y si los segundos jugaban al «revesino»—versión castellana del «reversi» francés—o al clásico tresillo a la luz del quinqué, en torno del brasero, los otros lo hacían al de prendas. Hasta que, dadas las ocho en la torre de San Lorenzo, concluía la tertulia; y en la ancha escalera, palaciana, resonaban las voces de despedida para extinguirse luego, con sus ecos, el pisar de todos entre el frú-frú de «las muselinas graciosas, el elegante barés y las preciosas chaconadas» de las crinolinas de las damas pomposas.

El 27 de marzo de 1860, San Ruperto Obispo, nace el segundogénito del matrimonio de don Francisco López y doña Joaquina Allué. Bautizado en la Catedral oscense, propincua a su domicilio, recibe los nombres de Luis María Ruperto. Y aunque se ignora si el granito de sal que el sacerdote puso en sus labios fué tal que el de Gustavo Adolfo Bécquer—festivamente profetizado como salado de marca por su padrino—, lo cierto es que lo chispeante de su gracia baturra había de revelar, a lo largo de su obra literaria, la cantidad. La infancia de López Allué fué alegre. Travieso por temperamento, participó en aquellas pedreas que «de tozal a tozal» reñíanse en los de Las Mártires junto a la vieja ermita, conmemorativa del martirio de las Santas Nunilo y Alodia, por cuyos alrededores la bulliciosa chiquillería se solazaba. Y en el Instituto de Segunda Enseñanza, en que vino a parar la gloriosa Universidad Sertoriana, hizo con aprovechamiento sus estudios de bachiller. La carrera de Leyes solicitaba su atención, cuyas disciplinas estudió; y por los Tribunales de los Doctores Berroy y Ripollés, Piernas y Canales, Alcalde y Miralles, hubo de comparecer, a su tiempo, con el tradicional pánico estudiantil. ¡Epoca plácida aquella de la Restauración en que Zaragoza se solazaba! Los teatros daban largas funciones que terminaban con bailes fantásticos—*Flama, Salacia o la hija del mar*—, fantasías coreográficas entre tules etéreos, bengalas multicolores y pálidos mecheros de gas. Bajo las frondas de la Torre de Bruil, escuchábanse Donizetti, Rossini, Bellini y Verdi, melódicamente interpretados, mientras que las damas eran obsequiadas con ramilletes de flores, como las elegantes litografiadas en el París romántico por Deveria y Gavarnie. Y en los suntuosos saraos de los Marqueses de Ayerbe bajo el cetro elegante de «Carita», como la llamaban sus íntimos, la sociedad aristocrática de Buretas y Sobradieles, Huartes y Lalindes, Menglanas y Escriches, Las Hormazas y González de Castejón, bailaban valeses y mazurkas, lanceros y rigodones con esa distinción señorial, tan diferente a la de nuestros días, porque antes se hereda que se improvisa. Entre esa sociedad debió de bullir Luis María López Allué; porque gozando don Fran-

cisco de parentescos selectos, a ellos lo confió. Y si no de frac, con abierto cuello a lo «Lord Byron», pechera de nipsis, guirindola y pantalón «colán»—o ajustado, del frances «collant»—como los lechuguinos del tiempo de Larra, con la discreta elegancia masculina de un «caballero legista» y estudiante «de buena familia» supo aquél presentarse, a la continua. Terminada la carrera pensó opositar a la Judicatura, mas solicitado por la política presentóse como candidato a Concejal en las elecciones municipales de 1889. Presto descolló por su elocuencia sobria, habilidad dialéctica, don de gentes y popularidad, entre sus colegas de la mayoría liberal dinástica que le eligió Alcalde de Huesca en sesión de 2 de Enero de 1894. Empero no siempre los hombres de letras sirven para políticos; porque, más serena la atmósfera de su gabinete de trabajo que la de los recintos donde las humanas pasiones se agitan, suelen dejar en cambio más limpia estela de voluntad que de fortuna como gestores públicos. Con más éxito cultivó el periodismo, colaborando asiduamente en la prensa local. Pero su revelación como costumbrista no había llegado todavía, a pesar del triunfo de su *Huesca por dentro*, pintoresca revista teatral y sazonado fruto de ingenio, acaso el mejor de su actuación edilicia. Fallecidos sus padres, pasó a vivir familiarmente con sus hermanos los señores de Santiago de Fuentes, y años después de la muerte de su tía carnal doña Antonia López, le hallamos en Barluenga como heredero del casal y posesiones de esta familia en dicho lugar del pintoresco Abadiado de Montearagón.

Allí, en contacto íntimo con nuestros baturros, y a semejanza de Pérez Galdós, viajero en diligencia por las rutas hispánicas con vistas a sus *Episodios Nacionales*, López Allué frecuenta el trato del pueblo y se documenta para su obra cumbre que brotará, años más tarde, de su pluma: será *Capuletos y Montescos*, novela de costumbres aragonesas. Porque las conozco y las vivo, yo me imagino a don Luis en tales años de vida patriarcal, siendo el abogado consultor y gratuito del lugarejo y de sus aldeaños, como aquel buen don Cándido Rubielos de la novela genial. Le veo también, entre los romeros de la Virgen del Viñedo, en Castilsabás, y de San Martín en las abruptas rocas de la Valdeonsera. Le atisbo sentado a la mesa, usando cubiertos de boj y comiendo en rústica vajilla de Bandaliés la sopa, el cocido, la carne entre dos fuegos y las almendras tostadas del menú, clásico y frugal en casa de los de Torralba, después de asistir a las exequias del Infanzón don Pedro Javierregay. Y le contemplo, en fin, ya escuchando una homilía dominical de Mosén Miguel en el templo, ya siendo el exégeta de la ley del sufragio universal con el Alcalde, o ya presenciando las encubaciones en su bodega, o las siegas en el campo de La Paul, absorto en la contemplación del paisaje somontanero en aquel bermejo y rutilante atardecer de junio tan poéticamente descrito.

II

López Allué gustaba de los clásicos, y precisamente en aquellos sus años de hidalgo rural se deleitaba con su lectura. Porque yo creo que en ningún otro lugar, como en el ambiente campesino colmado de paz, se goza tanto con ellos. Y las *Novelas Ejemplares* de Cervantes, las *Cartas Marruecas* de Cadalso, *Los cigarrales* de Tirso, *Las Moradas* de Santa Teresa o las picarescas *Aventuras del Diablo Cojuelo* resultan gratísimas bajo las frondosas ramazones de un olivo, de un almez o de una encina, rumorosas, agitadas por las bulliciosas brisas de Guara.

A los puntos de la pluma han acudido, en evocación cariñosa, algunos pasajes de *Capuletos* y *Montescos* antes de la obligada explicación del proceso genético de la obra. Dos años empleó su autor en escribirla, cosa explicable si atendemos no sólo a la materialidad pendolística, con la pereza que suele acompañarla, sino al esfuerzo intelectual necesario. Porque, concebido el plan, son tantos los detalles que añadir para aquilatar su valía, y sumar nuevos datos de interés al relato, que las cuartitillas del escritor, semejantes a los originales de aquel diario de Bécquer, son como el tonel de las Danaides de continuo relleno y siempre vacío. Pero de estos y de otros obstáculos, ayudado por la inspiración delo alto, triunfó nuestro maestro de costumbristas, máxime cuando, transformadas en cátedra y en tribuna las hojas del libro, se lanzó a la difusión de las ideas de una época iluminada todavía por el ideal de la fe. Revélanlo el perfil moral del párroco de Escuarve «que había encanecido en el auxilio de los moribundos», dibujado con firmes trazos. La descripción de la Fuente Santa, junto a la ermita de la Virgen de Aragüés, con sus apósitos, vendajes e hilas pendientes, como exvotos, de las zarzamoras alledañas. Y el viático de Julia, conmovedor pasaje de un realismo aleccionador, digno de compararse con análogo y perediano episodio de otra novela costumbrista inmortal, *Peñas arriba*.

Más oculta que su fe religiosa, era la devoción de López Allué por sus pergaminos. Parecía indiferente a ello, a fuer de demócrata, pero allá muy adentro sentía los latidos de gran señor. Y los que íntimamente le trataron, conocieron cómo aquel espíritu cultivado, de sangre azul por sus cuatro y tal vez más apellidos—que hubiera podido ser Maestrante y cruzarse de Calatravo—iba por las calles de Huesca con su paquete de postre y su melón a la vista, porque aquellas manos que trazaron tan bellas páginas, no se hurtaban como las de muchos señoritos de nuestros días, en estrechar cordialmente las anchas, recias y encallecidas del buen pueblo trabajador.

Retazos de historia familiar son los que nuestro novelista presta a la de los Torralba de *Capuletos*. El Ilmo. D. Martín Torralba y Ximénez

de Sangenis, Obispo de Palencia, no es otro que el Dr. D. Pascual López Estaún, Obispo que fué de Jaca y de Huesca, colegial también del Imperial y Mayor de Santiago, nacido en Santaolarieta y sepultado en la Capilla de San Andrés de nuestra Catedral, cuyo retablo ostenta sus armas, como las de aquél en el retablo de San Miguel de la parroquial de Escuarve. He hablado del Abadiado de Montearagón—«hermoso territorio» según Madoz—, y bueno será decir que sobre los doce pueblos que lo componen ejercía la Real Casa y Monasterio hasta la desamortización una jurisdicción patriarcal; tenían sus iglesias misal y breviarios propios, distintos del romano, siendo el Abad señor temporal que nombraba los Justicias de aquellos lugares, cuyos «vasallos de condición y digno servicio» le pagaban de siete en siete años el tributo del «maravedí». Unicamente hallábanse exentos de esta pecha los Infanzones. Y de entre ellos lo estuvieron sin duda «los del renombre y apellido Vitales», predecesores inmediatos, por afeminación del apellido, de la familia López, parientes de nuestro don Luis. Por el año 1500 el famoso heraldista don Pedro de Vitales, natural de Alberuela de Laliena, pasaba de Canónigo regular de Montearagón a Abad del mismo por elección de la comunidad. Sin duda este ilustre personaje—bien que en distinta época—es quien bajaba por Escuarve a visitar a don Estanislao Torralba, su hermano. Y como dice el autor de *Capuletos y Montescos* con donosura: «Pocas tardes regresó a su Real Monasterio sin comer «empanadico», especie de hojaldre con espinacas que, por ser bocado usual y apetecido en el país, al bueno del Abad le supo siempre a gloria. El, en cambio, mandaba a su casa nativa, con gran satisfacción de don Lorenzo, todavía niño, arropes, bizcochos, almíbares y otras golosinas con que, a porfía, le obsequiaban las Bernardas de Casbas y las Asuntas de Barbastro».

Corregido el original de la novela que nos ocupa con el cariño verdaderamente paterno del autor por su obra, nuestro escritor fué a la conquista de Madrid donde se publicó en la Imprenta de Fernando Fe. El favor literario le acompañó hasta el punto de que otro aragonés ilustrado—Mariano de Cavia—escribió: «El Alto Aragón ha encontrado la horma de su Pereda». Y añadió luego, en la misma crítica, con sincero elogio: «Las escenas rústicas están vistas, compuestas y dibujadas a la aragonesa y en vivo: sin el falso colorismo tan fácil de aprender por recetas corrientes, y sin adulaciones a la raza y a la naturaleza. El diálogo es el auténtico. El estilo suele adolecer de incorrecciones y descuidos que resaltan más, por lo mismo que están al lado de párrafos de muy limpia y sana estirpe literaria, y en medio siempre de un vocabulario abundante, fácil y expresivo». Pero el suceso económico fué desgraciado, como lo evidencia la efemérides pintoresca del regreso a

Huesca de nuestro costumbrista cuando, preguntado al descender del tren por el éxito de la novela, respondió humorístico:

—¡Chicos, laureles traigo para un mondongo, pero pesetas nada!

No se prodigaban a la sazón tantos banquetes cual en nuestros días. Y el que sin duda se merecía, quedó reducido a la ofrenda cordial de una placa de plata, sobre mármol rosa con el escudo de la ciudad y la inscripción siguiente: «A D. Luis López Allué, por el éxito de su novela *Capuletos y Montescos*, sus amigos y admiradores. Huesca, Enero 1901».

I I I

Pedro y Juana titúlase una preciosa novela corta, dechado de observación, de conocimientos jurídico-folklóricos y de poesía. Dijérase que, modernizadas, quiso su autor seguir las tendencias bucólicas y pastoriles de la novelesca clásica de Sannazzaro, Montemayor y Gil Polo, y a la que la crítica suele poner todavía en más destacado lugar que *Capuletos y Montescos*. Como cuentista publicó López Allué páginas muy estimables por su primor literario y vigor descriptivo. Conocedor del alma baturra, adentrábase en la conciencia de sus personajes como un psicólogo verdadero; puesto que sus tipos populares—no inferiores a los de Mesonero Romanos—también eran reencarnaciones del natural. Nunca fueron cuentos baturros en el sentido socarrero y zafio del vulgo, sino narraciones y cuadros costumbristas. Pues ya es hora de rehabilitarnos ante las demás regiones españolas y extranjeras, dando a conocer nuestro Aragón auténtico como algo más que un pueblo de cándidos papanatas que intentan detener o superar al tren sobre su borriquillo, cascar las nueces con la cabeza y salir a gatas de la perrera al andén cuando vienen a Zaragoza desde Calatorao. En *Alma Montañesa* y *Del Uruel al Moncayo* están recopilados. Los personajes son como de carne y hueso. Especialmente en el titulado *Mosén Froilán*, que tiene algo de autobiográfico: pues al sepelio del varioloso aquel, materialmente ejecutado por el venerable protagonista, y en la realidad párroco de Barluenga, coadyuvó también caritativamente—sin miedo a la atroz epidemia—el propio don Luis. ¡Qué primorosamente dibujados, asimismo, «Perrincles» el corredor pedestre, el «Tío Cavila», «Martín el Donado», «Román Salas», abanderado de Pirraños; el «Aponderador», «Prisca» la hornera, y el «Abuelico», por no citar sino algunos. Muchos años después del estreno de *Huesca por dentro*, volvió nuestro literato por los fueros de lo dramático. Y escribió *Las botas crujideras* y *El milagro de Santa Bárbara o la conversión del Señor Custodio*, que tuvieron ruidosos éxitos. ¡Lástima que no hubiese hecho una adaptación escénica de sus *Capuletos y Montescos*, que habría sido en este género literario su consagración definitiva!

Alternando con las letras desempeño López Allué el Juzgado Municipal, fué redactor del *Diario de Huesca* y su director más tarde. Sus

Coplas y más coplas popularizaron tanto el pseudónimo de «Juan del Triso», con que las firmaba, como al baturro «Siño Custodio», a quien muchas veces las dirigía en aquel periódico.

«La historia reciente es como la fruta verde» dijo un autor. Así, los años postreros de López Allué tienen un deje melancólico. Sus familiares son cariñosos con el novelista. Mas, a pesar de todo, ¡quién sabe si ahora éste, con cierta nostalgia irreparable, un hogar propio, bendecido por Dios y celebrado con el desaliñado estro poético de algunos versos epitalámicos que recuerden los poemas de Berceo y del Arcipreste de Hita, como la «Relación» de las Mairalesas de Escuarve, en la boda de Pablo y Encarnación! Bien avanzado julio de 1928, una traidora enfermedad hace presa en aquel organismo debilitado. Se agrava. Y «católico apostólico y romano» como algunas veces, pese a sus veleidades, se había definido, confiésase por vez postrera, recibiendo después el Santo Viático de manos de un prebendado de la Catedral inmediata. «Cuando muera, no me dejéis ir sin Sacramentos», había dicho en vida a sus familiares, y éstos caritativamente lo cumplen con ternura. Y así la Iglesia ungió con el óleo santo aquel cuerpo que en la propia Parroquia recibiera, con el santo bautismo, la vida sobrenatural.

Con la muerte de López Allué desapareció el auténtico maestro de nuestros costumbristas. Y un año después, cierta editorial aragonesa divulgaba sus obras completas, primorosamente editadas en cinco tomos, de los que el segundo, *Capuletos y Montescos*, lograba la tercera edición. Algo flota sin duda en esta novela que la hace siempre nueva y joven, como una promesa de obra clásica tal vez ya lograda, a la cual no poca ayuda podían prestar la adaptación dramática y la del cine para conseguir una perpetuación definitiva. En cuanto a la de su autor, Zaragoza ha hecho lo posible con la dedicación de una calle y el bello monumento del Parque, en la ruta *Del Uruel al Moncayo*, donde el sereno rostro del novelista recibe el suave perfume de las flores circundantes, acaso la plegaria del caminante y el hálito perpetuo de las brisas de nuestras cumbres tan sahumadas de leyendas poéticas como de nieves perpetuas. Menos agradecida, o más confianzuda, se ha mostrado la ciudad que meció su cuna, sin otro recordó que el bien modesto —igualado por el Escuarve novelístico— de dedicarle una plaza rotulada con el nombre del escritor. Pero Huesca y Barluenga deben hacer algo más, representadas por sus respectivos Municipios: cuando menos colocar sendas lápidas conmemorativas, en público cuanto solemne y popular homenaje, sobre las fachadas de las casas en que, respectivamente, nació a la vida individual y a la de las letras con su novela *Capuletos y Montescos* aquel ingenio preclaro que se llamó Luis María López Allué.